

TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

LA REALIDAD DE LOS HECHOS

ASISTIA recientemente a conferencia explicada por un profesional de alta y extendida cultura sobre tema de su especialidad. Divagó un rato, a medio camino de la plática, sobre el contexto europeo occidental, para aclarar un extremo. Dijo más o menos esto: «Las democracias como sistema político ya debían de haber desaparecido del mapa al terminarse la Segunda Guerra Mundial. Si no ocurrió así, es porque ganaron la contienda, lo cual les dio un respiro. Pero, desde luego, se extinguirán del todo después de la tercera guerra mundial. Y aun sin conflicto mayor, también serán borradas de la memoria del hombre porque su naturaleza les empuja a la anarquía. Y de esta última surge el cesarismo en que acabarán todos los países». Citó después ejemplos que ilustraban la tesis: Mayo del 68 en París; anarquía de la democracia. Truenos bíblicos de don Juan Donoso Cortés hace siglo y medio: «Un plebeyo de satánica grandeza...» etc. Cuadro completo apocalíptico. El mundo se hunde por haber dado la espalda a la verdad.

¿Por qué habrá entre nosotros tantas gentes, normales en otros aspectos de su actividad, que gustan de lanzarse a la elucubración utópica ajena por completo a la realidad de los hechos? Tantos siglos de teocracia dogmática ¿habrán dejado un sedimento patológico en las mallas neuronales del cerebro de los españoles, imposibilitando la captación objetiva del mundo circundante? Parecería como si el celibero tuviera que estar perennemente defendiendo tesis abstractas, fruto de sus prejuicios ideológicos. En vez de observar los acontecimientos penetrando en su etiología, prefiere clasificar imaginariamente los países o los sucesos adaptándolos a sus tesis. En este caso, era el mundo exterior, empezando nada menos que por Europa. ¡Pobre Europa! Trescientos millones de seres que viven entre el cabo Norte, el Pirineo y el Balkán, con los más altos niveles de vida del planeta en el orden cultural, educativo, científico, económico y social, flotando en una imaginaria democracia moribunda que se torna en anarquía en cualquier momento, al menor descuido. Y detrás, los aspirantes al cesarismo, de derechas o de izquierdas, ilisto para recoger los despojos del demagógico festín!

Cualquier auditor europeo occidental que asistiera al espectáculo habría deducido que se trataba de una pesada broma o de un nutrido grupo de orates, escuchando a un correligionario. Y sin embargo este episodio puede darse en España, en lugar o

HABLAR EN SERIO

momento cualquiera y en los más sorprendentes niveles. Que tal es el autismo psicológico de nuestros compatriotas.

El contraste de esta esquizofrenia cuando se tropieza con la existencia efectiva es por lo común violento y desagradable. Ninguno de los esquemas apriorísticos coincide con lo que funciona en derredor. El descubrimiento de la condición ajena sorprende y, además, desazona a nuestros doctrinarios apocalípticos. Resulta que los quince países de Europa marchan —con sus problemas, naturalmente— organizando su vida pública bajo formas institucionales que tienen un sustrato común. Esa infraestructura es el Estado de derecho democrático basado en la soberanía popular. Los parlamentos, en una u otra medida, son elegidos por la sociedad política. El gasto público es fiscalizado por ellos. Los derechos de la persona humana son garantizados —hasta donde es posible— por el ordenamiento legal. Las premisas de ese ordenamiento —las reglas del juego— las aceptan marxistas, liberales y conservadores, es decir, los grupos ideológicos organizados que conviven en la comunidad.

Desde la derrota de los fascismos en 1945 y pese a que el aliado principal en sacrificio humano —20 millones de muertos— fue la totalitaria Unión Soviética, la Europa Occidental ha cuidado con particular esmero que la fórmula democrática no perezca. El esfuerzo ha sido y continúa siendo preocupación primordial de hombres de estado, de políticos, de juristas, de círculos profesionales y universitarios. Se reconocen los peligros que la sociedad del progreso tecnológico con sus condicionamientos humanos y psíquicos representa para la autenticidad de la participación, para que el ciudadano anónimo tome parte, siquiera en pequeña medida en las decisiones del negocio público, para asociarlo a la responsabilidad de los fines comunes. El problema es arduo y complejo. De un lado la enorme y creciente ingerencia del Poder en la marcha de los asuntos colectivos obliga a desembarazarlo de trabas excesivas para hacer eficaz su función. De otra parte la cualidad mixta de las economías occidentales con sectores públicos y privados, entreverados, obliga a coartar libertades de iniciativa. Queda asimismo el grave asunto de los grupos marginados, extremistas, de izquierda y derecha, que aprovechan el ámbito de las libertades formales para penetrar

en él, derribando el edificio institucional. Este desafío y su inevitable respuesta, erosionan indudablemente la sustancia de la libertad que informa el orden político del Occidente. Pero de ahí a pretender lo inexistente, es decir, que los estados de inspiración democrática se hallen en trance de desaparición, hay un abismo que sólo atraviesan en pirueta imaginaria los claviños de la política cabalgando sobre sus monturas de madera apollada, sin moverse, por supuesto, del punto de partida.

Si algo está claro en Europa, en la Europa que empieza a dar sus pasos decisivos hacia la agrupación de los países que la integran es la indudable homogeneidad que hace posible el empeño. Sin esa mínima coherencia en la filosofía que rige la vida pública no hubiera sido realizable ni el Tratado de Roma, ni el fecundo resultado de los veinte años primeros de la Comunidad. La Europa que se unifica, es la Europa de la democracia, del parlamento, del socialismo y de las libertades públicas y privadas. No es un continente de formas políticas anticuadas, ni decadentes, ni anacrónicas, ni anárquicas. Tampoco es la Europa de los fascismos que feneció en la gran contienda del 39 al 45 y que representaba el totalitarismo de la derecha burguesa que, asustada por la revolución rusa del 17, reflejó en un lago de miedo —como escribió Salvador de Madariaga— las mismas formas despóticas que aquélla adoptara, aunque la clase protagonista que nutría el partido único fuera diferente. Europa ha sabido dar a las instituciones democráticas una flexibilidad suficiente para que en ellas tenga cabida el dinamismo de la sociedad moderna que brota del progreso industrial con sus tecnoestructuras; con las tensiones complejas que proceden de la mutación profunda de las formas de trabajo y de vida; con los problemas que plantea el neocapitalismo multinacional; con las necesidades militares que exigen la enorme potencia de las Fuerzas Armadas soviéticas, fronterizas por tierra, mar y aire con el Occidente.

Si se quiere seguir hablando utópicamente de Europa para dar satisfacción a los dogmáticos propios, hágase, pero advirtiendo que se trata de juegos florales o de pasatiempos para distraer incautos, como las quinielas o los concursos de televisión. Si, por el contrario, se pretende algún día estudiar el presente político del continente al que pertenecemos, será hora de que, sin pasión retórica y sin trémolos líricos, hablemos en serio.

José María DE AREILZA

TODAVIA NO LEEN

DESPACITO, Y BUENA LETRA

LA excusa es que, hoy, nadie tiene tiempo de nada. Más bien podría creerse lo contrario: con las ayudas mecánicas de que disponemos, regidas casi siempre por el supremo principio de la «prisa», lo lógico sería contar, al cabo de la jornada, con un buen saldo de rato libre. Vamos y venimos con una rapidez sin precedentes: el coche, el avión, el ascensor, el teléfono, una gran cantidad de chismes útiles, nos hacen «ganar tiempo».

Pero lo cierto es que, en general, todo el mundo coincide en la queja: no hay tiempo para nada. Por ejemplo: para leer. Nuestras muchedumbres urbanas leen poco. No sólo las de aquí, sino las de todas partes. Las oficinas dedicadas a indagar eso que llamamos «opinión pública» suelen proporcionar datos elocuentes. En la misma Francia, donde la «literatura» pasa por ser la «fiesta nacional», el porcentaje de lectores asiduos es irrisorio... «No tenemos tiempo», dicen. Y los industriales toman cartas en el asunto, y ofrecen soluciones confortables. Los «digest» son un caso. Se brinda al cliente un material comprimido y esquemático, que puede leerse en un momento. Lo que originariamente fue un montón de páginas se convierte en resumen pragmático, corto, elemental. Las publicaciones por fascículos, de texto breve y mucha ilustración, constituyen una variante del sistema. Los recursos audiovisuales —el cine y, sobre todo, la tele— pretenden sustituir a la palabra impresa, y, según sus foros, con ventaja. Las técnicas de la «lectura rápida» añaden una nueva oportunidad...

Todo eso, desde luego, suele estar bastante mal visto en los círculos de la «alta cultura». Se considera que, por este camino, se nos echa encima una verdadera catástrofe intelectual, ya que los procedimientos en cuestión, por su mis-

ma entidad, «degradan» la transmisión de la cultura. Lo cual, en definitiva, es muy exacto. «Los hermanos Karamázov» compendizados en un par de pliegos o en seis medias horas de televisión se «degradan»: dejan de ser lo que son. Las vulgarizaciones científicas, sobre el átomo, los virus o los pumas, acostumbran a no salir de la banalidad más firme. Y los «manuales» de todas las ramas del saber, por buena que sea su intención, que no siempre lo es, difunden habitualmente toneladas de errores y de tonterías... Nadie discutirá estas críticas. Sin embargo, el panorama no es tan lúgubre. Por lo menos, yo no creo que lo sea. En este terreno, resulta tremendamente fácil caer en la trampa de un determinado confusiónismo «histórico». A nosotros nos ha tocado crecer y vivir en un clima de optimismo cultural, directamente vinculado al mito de la «instrucción pública». Nuestra sociedad ha multiplicado sus escuelas, disfruta de increíbles progresos en la tipografía, democratiza o abarata los productos de manufactura intelectual, y en consecuencia, tendemos a imaginar la hipótesis de un «cambio» profundo.

Poco más o menos, las cuentas que algunos se hacen son éstas: puesto que el vecindario experimenta un próspero grado de alfabetización, todo el mundo ha de leer a Dostoiévski, a Hegel, a Einstein, o, si se presenta, a Homero. Como mínimo, la conclusión es que, por haber aprendido a leer, todo el mundo debe leer. Y el desconcierto surge enseguida: no se lee tanto como sería de esperar, o se lee mal, o se prefieren papeles ignominiosos. Pero ¿podía ocurrir de otro modo? ¿No es eso mismo el signo justo de una evolución en trámite, todavía no coronada, quizá sin final razonable, utópico? De hecho, algo merece ser advertido: el contraste con el

pasado. Desde que se inventaron los alfabetos, la ocupación de leer quedó reservada a minorías excelsas: a especialistas. Monjes, médicos, notarios, filósofos, alquimistas, algún que otro burgués, unas cuantas damas de la aristocracia, o sus doncellas predestinadas al oficio: en la época del manuscrito, eso o poco más. Con la imprenta se ensancha la clientela. Ya es más fácil leer, y cada día se lee más. ¿Se lee qué? La novela moderna se estabiliza en esa circunstancia. Pero incluso en la etapa más efusiva, el XIX de los folletines, la lectura continuó siendo una posibilidad restringida. La gran masa de la población quedaba al margen de su eficacia o su entretenimiento. La taberna o el sueño llenaban sus ojos, o el baile, o la visita, o las novenas y los triduos. Y en eso estamos.

En vez de la taberna o el triduo o la visita, el televisor centra la vida de las familias, ahora. Y, si no el televisor, cualquier otra opción igualmente diversa de la lectura. Proporcionalmente, hoy, el número de lectores —y lectores en serio— es mayor que nunca. Pero seguimos estando lejos del ideal idílico que la ilustración y su Liberalismo pusieron en boga. La humanidad no podía convertirse en «humanidad lectora», unánime y compacta, en un nivel homogéneo, de la noche a la mañana. Lo poco que se ha avanzado por esta dirección aún es digno de euforia. No hemos de olvidar que apenas hemos salido del paleolítico, y me refiero, no a los dos tercios de nuestros congéneres ultrasubdesarrollados, sino a los propios vasallos del más empingorotado neocapitalismo. Sólo que no es suficiente. Lamentémoslo, de entrada. Lamentemos que la lectura regular y reposada, palabra a palabra, no sea de dominio general. Por falta de gusto, de hábito o de ocasión, y

el gusto, el hábito y la ocasión pueden ser socialmente propiciados, la gente no lee. No «deja de leer»: simplemente «todavía no lee». El matiz es importante, a mi entender.

«Todavía no leen» ni siquiera los universitarios. Una noticia reciente, publicada por la prensa, nos informa acerca de lo que pasa en los Estados Unidos. «La mitad de los estudiantes norteamericanos llegan a la Universidad sin saber leer ni escribir correctamente...» El dato procede de una covachuela gubernamental de Washington. Y sigue el teletipo: «Pocos niños de diez años pueden escribir unas pocas líneas sin cometer errores gramaticales»; «uno de cada tres adultos se encuentra en la misma situación»; «sólo uno de cada cuatro norteamericanos puede redactar una carta de forma correcta». Lo mismo ocurre en otros sitios, capitalistas o socialistas. La «alfabetización» urgente y administrativa no puede ir más allá de unas nociones de deletreo y de caligrafía. Eso no supone la integración en el beneficio de la lectura. La ciudadanía «sabe» leer y escribir, pero practica escasamente sus conocimientos... Las cifras de apariencia astronómica de algún «best-seller» nos encandilan. La verdad es que no representan grandes progresos, si las contrastamos con las tiradas de libros en el XVI o en el XIX, y los números incluyen el aumento demográfico y la penetración pedagógica... Hoy se lee, aproximadamente, lo mismo que hace quinientos años, cuando Guttenberg se puso a la tarea. O poco más. Se «lee» —entiéndase «leer» como Dios manda— como entonces. El factor «tiempo» será discutible, pero no lo es todo. Digo yo.

Joan FUSTER

TORRE DE RONDA
Una torre de apartamentos para ganar
(como mínimo) un
9% de rentabilidad neta
NUEVA ANDALUCIA
MARBELLA * COSTA DEL SOL

INFORMES: **locatour** Internacional, S. A. Mayor de Gracia, 91
VISITENDOS EN EL SALON NAUTICO ☎ 228 08 08 - Telex 52256

PINTURA Y EMPAPELADO

SINTASOL, 295 ptas. m.2
MOQUETAS, 375 ptas. m.2
PARQUET, 495 ptas. m.2
FRISO, 350 ptas. m.2
(incluida colocación)

DECORACION pisos, tiendas, locales, despachos, «stands», etc.
FACIL PAGO — PRESUP. GRATIS

DECORISA Diputación, 154
Tels. 253-46-45, 254-18-60, 253-99-31

WIEN Por obras de ampliación
Ocasión Única

BOLSOS DE COCODRILO
A mitad de su valor

Plaza Calvo Sotelo, 5 VALENCIA, 243

PERFILES DE ALUMINIO
AMPLIA GAMA
Consultar precios
GRANDES ALMACENES

TARRAGONA

Sepúlveda, 150. Teléfonos 243-52-16 y 224-25-19

¿NO VE VD. BIEN?
Compre sus gafas en

ÓPTICA CLARAMUNT
PINO, 6

Gafa perfecta y económica

¿le interesa?

Deseamos colaboración de personas de solvencia moral y económica, para negocio al que sólo hay que dedicar algunas horas libres de su tiempo semanal.

NEGOCIO AL 35 % ANUAL Y MAS

Los interesados deberán invertir desde 115.000 a 520.000 ptas., si Ud. tiene este dinero para invertir en su propio negocio, en cadena de sería organización, podrán aumentar su dinero más del 35 % anual. Para mayor orientación escriban a: P. P. Franchising Programa, S. A. Bacardi c/ Fontanella, 10. BARCELONA - 10